

MOIRA

Según los mitos de los griegos, Moira es el destino o la fatalidad que rige la vida y hechos de las personas.

«No creo tener la culpa. Se lo digo con sinceridad. Ella me traicionó miserablemente». El individuo calló. Luego me miró con tristeza de arroyo seco y después de apurar el contenido de su copa, se largó del cafetín donde estábamos.

No intenté detenerlo. Sabía que ese hombre tenía motivos más que suficientes para suicidarse y que un minuto más o menos, no pondría coto a su decisión. Así que vi con un escalofrío no exento de regocijo, cómo se alejaba por sus propios medios un cadáver.

Palabra de honor que sentía deseos de hacer lo mismo. Ciertamente era que no tenía motivos poderosos para eliminarme, pero en verdad que, aquello de vencer la incertidumbre de la espera, de solazarse en el conocimiento de que uno ha determinado la fecha y el minuto exacto del propio acabose, es algo emocionante. Es el saber que uno ha consumado todas sus posibilidades y que ha consumido en un instante toda su esclavitud. Es el sentirse el más miserable de los superhombres, y eso para un ser insignificante como yo... ya es algo. En fin, por un momento sentí deseos de

hablar con un amigo que es dueño de una casa mortuoria con el objeto de discutir el estilo y precio de mi ataúd porque deseo vehementemente un cajón de pino amarillo, liso, sin adornos, ni crucifijos, ni asas, ni herrajes de esos que aman los burgueses. Simplemente cuatro tablas limpiecitas, sin barniz, y dentro ninguna clase de ridículos forros. Odio las formas romboides, faraónicas. Anhele una caja rectangular y que cuando me metan en ella, la cierren con seis puntillas bien colocadas a martillazos. Tampoco ansío ofrendas florales, ni carteles, ni velatorio, ni ceremonia religiosa alguna. De la sala de preparación de la funeraria, o de la morgue, sin acompañantes, lo más rápido posible, derecho para el crematorio, y si por razones legales la autoridad no lo permite, pues que me lancen a un hoyo, fuera de lo que llaman el camposanto. No quiero que les devuelvan a mis parientes una urna de plástico con seis clavos y mis cenizas. Que las arrojen a la basura para que lo más pronto posible vuelva el polvo al polvo. Hubiera querido legar mis órganos, pero no son buenos los del individuo que se envenena. Lo siento. Si hay otra oportunidad, será en esa ocasión. Una racha de viento helado que sacudió las puertas batientes del establecimiento, me sacó de tales reflexiones.

¡No! No se había ido. Mi compañero aún continuaba hablando, más yo no podía oírle. En mi interior una vocecilla juraba que lo había visto salir del cafetín hacía

ya muchos años, con una mirada en cuyos recodos se deslizaban tristezas de arroyo seco.

El frío de la calle y las palabras de mi acompañante terminaron por despabilarme en los precisos instantes en que él, congestionado hasta el colmo, me repetía que de inmediato procedería a suicidarse.

Harto ya del frío, de mi salario, de la gata en celo de la vecina, del licor y de mis zapatos desgastados, le dije con voz sibilante: «Vete a la mierda y ¡mátate!»

Cuando el gendarme y los trasnochadores del barrio me rodearon, yo ya estaba convencido de una cosa: había impartido una orden imposible de cumplir, porque mi interlocutor hacía ya rato que era cadáver.

El fiscal, al parecer, no sentía por mí la menor simpatía. Buen rato llevaba asegurando que yo le había cercenado la yugular a mi compañero de farra con el culo de una botella rota. Que en mi rostro confluían todos los rasgos del asesino nato.

Tengo la impresión que mi sonrisa es lo que más lo incita a gesticular de esa manera ridícula. Tal vez si sigo sonriendo y le miro fijamente, podré sacarlo de sus casillas y tenga entonces este juicio algún motivo para ser divertido, pues me está pareciendo bastante soso. ¿Qué yo un asesino? ¿Qué lo hice con premeditación y

alevosía? ¡Basta, basta señor fiscal y déjese de sandeces! Pero es tan divertido escucharlas de un individuo que pasa por respetable y sensato ante todo un auditorio de estatuas malolientes, que no intentaré interrumpirle. No deseo descartar de una vez la apetecible oportunidad de que me condenen a muerte. ¡Continúa tu cháchara y deja de mirar con gesto goloso a esa señorita de minifalda que ha entreabierto un poco sus piernas, viejo verde!

Definitivamente mi ángulo facial, el desarrollo de los temporales y mi protuberante occipital, fruto de la puta madre que me parió y del padre que me abandonó, me favorecieron poco. La defensa hizo un papel aún más ridículo. Desternillado de la risa me vi en las escalinatas de entrada de la Corte, rodeado por varios periodistas y muy pegadita a mí la jovencita de pollera corta y braguitas azules que me expresaba su admiración pues le fascinaba la serenidad de los presuntos asesinos sobre todo cuando eran jóvenes, cínicos y se les adivinaba, por el bulto en la entrepierna, que poseían una buena verga.

En las escalinatas logré zafarme de los reporteros, - asombrados de que me hubieran absuelto en una Corte de un país en que siempre condenan al inocente- no sin antes llenarles sus mentes hambrientas con dos o tres declaraciones tan gruesas como para que pasaran la noche digeriéndolas antes de escribir sus columnas de la página roja. Recuerdo que a uno de ellos le espeté: —

«¿Podrá pasar lo que permanece inmóvil en su esencia? Si admitieras que no puede pasar, tendrías que concluir diciendo que lo inmóvil no está abierto a todas las posibilidades. Desdichado es pues lo inmóvil porque no perece, aunque más desdichado es el hombre que, aprehendido en su tránsito, porta una movilidad perecedera. Tendrá que agotar todo, hasta su propia posibilidad de inmovilizarse...para continuar siendo trascendentalmente un pasajero, y es por esa razón fundamental, que me encuentro a salvo, del otro lado del estrado, como cualquier recepcionista de un motel de tercera, detrás de su mostrador»—. Después de pronunciar sin tomar un solo respiro el anterior galimatías, y otros dos más crípticos que les di, de idéntico estilo, pero con diferente sentido, me oí que los había confundido lo suficiente como para largarme por las calles, tranquilo, sin que jamás ese atajo de imbéciles volvieran a fastidiarme.

Como ya eran las ocho de la tarde y en mi contra tenía dos semanas de pésima alimentación, resolví entrar con mi admiradora, quien no se me despegaba, a un restaurante cercano. Conversación, cena y bebidas fueron espléndidas y abundantes. Ella canceló la factura. Al amanecer la dejé en el hogar de sus padres.

Con el correr de los días menudearon las citas y...las intimidades. La acariciaba por largas horas mientras le endulzaba el oído con los calificativos más bellos y

tiernos. La tomaba con dulzura y jamás con brusquedad o impaciencia. Se dejaba hacer desde luego muy contenta. Pero me fue imposible convencerla de que se me entregara...por delante. Rogué, argüí, exigí, imploré, mentí, prometí, en fin, apelé a todas las tácticas imaginables, más no por eso flaqueó su monótona estrategia de aproximación, distanciamiento, aproximación, para volver a distanciarse y aproximarse. Le encantaba que le metiera íntegros los veintidós centímetros de mi gruesa polla por el ano. Al comienzo se retorció de gusto y luego, cuando empezaba a arremeterla, escuchaba sus crujidos de dolor que luego se convertían en auténticos maullidos de gata en celo, como los nocturnos que exhalaba la de mi vecino. Los sonidos iban en crescendo a medida que pasaba el tiempo hasta convertirse, justamente a los quince minutos de tenerla penetrada, en delirantes alaridos de gozo, mientras yo le acariciaba con dulzura su erecto clítoris y con la otra mano le revolvía y le daba pequeños tirones en su suelta y undosa cabellera, mientras la besaba en la nuca, le pasaba la lengua por las orejas y le mordisqueaba el cuello. De pronto se aferraba al respaldar de la cama y rugiendo se echaba hacia atrás con todas sus fuerzas como intentado que la atravesara hasta sacárselo por la boca. Me mordía la mano hasta hacerme sangrar; temblaba todo su interior, se retorció lanzando estertores agónicos y nos corríamos al tiempo como si nos lanzáramos desde la estrella más alta al más profundo de los abismos. Yo sentía que en la oscuridad

del descenso perdía el sentido y que jamás tocaría fondo, porque éramos devorados por un agujero negro que nos llevaba, indefectiblemente a otros mundos. Inconsciente, atontado, con el corazón aún a ciento setenta pulsaciones me encontraba de repente a su lado. Después solíamos dormir como niños recién nacidos.

Comencé a comprender el juego: sus prejuicios sociales y religiosos profundamente arraigados, la impelían a ofrecerme su semivirginidad cansada a cambio de seguridad conyugal (seguridad que yo jamás le habría dado, aún si hubiera estado en condiciones de ofrecérsela). Guardaba celosamente su himen dentro de ese cuerpo que envidiaría Venus Afrodita, para trocarlo por una renta vitalicia. La pobre era lo único que podía dar de sí, ya que tenía la mente de una lorita. Su tiempo ocioso, aparte de robar dinero en el negocio de su padre, lo dedicaba exclusivamente al gimnasio y a la iglesia. Odiaba la lectura y su mayor esfuerzo intelectual lo hacía cuando al salir de compras tenía que calcular cuánto le devolverían si pagaba con un billete de denominación elevada.

Pronto me cansé de esa relación animal. Éramos dos seres con cultura, inclinaciones, creencias, costumbres, intereses, ambiciones, e inclusive prejuicios, muy diferentes. Además, ella hacía parte de esa gran legión de mujeres convencidas que Dios creó a los hombres

para que les satisfagan todas sus necesidades y necesidades. No me tomó mucho concluir que, en lo único en que coincidíamos, era en el orgasmo. Como no soy hombre que se muera por un culo y menos por uno al que no lo puedo machacar de frente, corté radicalmente mis relaciones con ella.

Volví de nuevo a las andadas. Es decir a mantenerme embriagado. Una idea me rondaba hasta convertirse casi en una obsesión: recordar por completo la charla que sostuve con el suicida. No lo conocía de antes. Sólo por los datos que aportaron los investigadores durante el proceso, pude recabar algo acerca de él. Dueño de una fortuna considerable, sus negocios eran muy sólidos y su hogar, en concepto del vecindario, envidiable. Todas las amistades del finado declararon por unanimidad que era una persona seria, reflexiva, siempre en posesión de un buen estado de ánimo. Moira, su esposa, a la cual le caían exquisitamente bajo el abrigo de visón sus veinticinco años y un cuerpazo, confesó graciosamente durante el juicio – sin cesar por ello de mirarme con fijeza, con esos ojos entre verde y azul de mar tropical - que nada había ensombrecido la vida íntima de ambos, y que si no habían tenido descendencia, era porque su marido, enemigo de los problemas que le traen los hijos a las parejas jóvenes, había convenido con ella en evitarlos...Yo solo supe hacerle un guiño y enseñarle un poco la lengua. Ella al parecer sufrió una especie de shock al observar mi

gesto. Entonces desvió sus aguamarinas de mí, entre nerviosa y excitada.

Un año después de los incidentes relatados me tropezé de sopetón en la calle con la viudita de marras. En vez de esquivarme, tuve la impresión que había buscado con deliberación, el choque frontal. – «¿Usted?» – Me preguntó, fingiendo magistralmente una inocencia que nunca tuvo. – «El mismo que canta y baila» – le respondí con un dejo de alegría, pues habían sido muchas las veces que había pensado en ella. – «¿Me cree si le digo que siempre me interesó saber de su vida?» – me dijo con franqueza. – «Pues a mí me sucedió algo igual» – le dije, mientras tomaba su mano y se la besaba con la galantería y finura con que sabía hacerlo si se daba una ocasión especial. Y a fe mía que ésta era una de ellas.

Nos contemplamos emocionados, como si los dos fuéramos atravesados a la vez por una corriente de alto voltaje, que en vez de matarnos, nos sumiera en un delirio supremo. Ensimismados como si hubiésemos perdido la noción del mundo exterior, permanecemos así no se cuanto tiempo, quizás solo un instante, hasta que volviendo en mí, me atreví a invitarla a un bar cercano. Ella rechazó con delicadeza mi oferta y a su vez me propuso que mejor fuéramos en su coche hasta su residencia. Media hora después nos encontrábamos en un suburbio elegante atravesado por una hermosa alameda. Al final de ésta y separada por una barrera de

inmensos árboles quedaba la gran mansión señorial que habitaba mi bella acompañante.

No alcanzamos a desvestirnos del todo cuando ella, excitada y temblorosa empezó a chuparme con manifiesto agrado mi descomunal órgano. Poco a poco logré desnudarla para encontrarme frente al cuerpo más perfecto que jamás hubiera contemplado en mi vida. Con dulzura logré que retirara su boca de mi pene. La tendí entonces lentamente en el amplio lecho, mientras observaba que de su musgoso delta manaba un riachuelo de savia que fluía por entre sus bien torneados muslos los cuales, en sus arranques espasmódicos ya los juntaba, ora los abría, frenética. Besé sus labios, le lamí los enrojecidos botones de sus senos y acaricié delicadamente su clítoris mientras le iba metiendo por el canal de la vida, centímetro a centímetro, mi poderosa verga. Entre tanto, ella no cesaba de besarme el pecho y de acariciar con una mano mis testículos mientras que con la otra mesaba, con desesperación, mis cabellos.

Ambos nos movíamos al ritmo de una canción interior que acompañaba el latir acompasado de nuestros corazones. Pasados uno veinte interminables y gloriosos minutos, de pronto comenzó a gemir, a morder mis labios y arañarme la espalda mientras con voz entrecortada por la emoción me decía: ¡me muero amor, dame más que me muero! Ella se revolcaba con

tal violencia que le tuve que apretar su cintura con fuerza para que su velluda vulva no se saliera de la estaca en que estaba incrustada. Llegó un momento en que me tomó la nuca con ambas manos, introdujo su lengua en mi boca y arqueándose en una convulsión suprema se desprendió de mí mientras temblorosa toda sollozaba dando grititos de gozo. Luego se puso pálida, sentí sus labios fríos y por un instante temí que hubiera muerto al contemplarla laxa, inmóvil apretada a mi cuerpo. Duró así un par de minutos y ya más repuesta empezó a besarme repetidamente por todas partes como si quisiera expresarme con tal acción su agradecimiento. Momentos más tarde le volvió a acometer otra racha de deseo al sentir que, efectivamente, mi miembro permanecía rígido. Suavemente se encaramó sobre mi y ella misma con un gesto de arrobamiento fue introduciendo el garrote en su brecha. Tal era su ardor y su calor interno que sentí como si mi órgano fuese devorado por un volcán. Repetimos el acto pero esta vez sí decidí eyacular en el preciso instante en que ella empezó a venirse. Todavía no me explico cómo fue que no desfallecimos de la emoción.

Terminé exhausto mientras que ella continuaba gimiendo y temblando. Trémula, me tomó la mano y la colocó en silencio sobre sus genitales. Sentí entonces las contracciones imparables de su vulva mientras ella cruzaba y descruzaba sus muslos retorciéndose de

placer en medio de esa serie ininterrumpida de orgasmos, o de pequeñas muertes como algunos suelen llamarlas. Minutos después la acometió un sueño profundo. Supe entonces que aunque viviéramos cien años más, jamás podríamos repetir con la misma intensidad ese polvo perfecto.

Anonadado por la revelación, el iluminado que hay en mí decidió acariciar el cuello de cisne de la bella durmiente y apretar, apretar y apretar, hasta que cesaron las convulsiones. La deposité entonces con toda ternura sobre el lecho y la arropé con cuidado. Partí sigilosamente de la mansión y me alejé del sitio con la sensación absoluta de que, tal cual me dijera alguna vez mi viejo maestro: “Sólo se posee eternamente aquello que se ha perdido”.

Gabriel Azevedo Uribe
correo@gabrielazevedouribe.com